

sin hacer ruido y tan exactamente que no se conocía que existiese.

Concluida esta operación, Johann apoyó su cabeza en la almohada y cerró los párpados.

III

Un matrimonio feliz

Apenas Johann Spurzeim acababa de cerrar los ojos, cuando se abrió con precaución la puerta de su aposento.

Bárbara, su esposa, entró apoyada en el brazo del doctor Pedro Falcone.

En la cabecera de la cama se hallaba uno de esos sillones de respaldo cóncavo para el uso de la señora Spurzeim.

Sentóse en él y murmuró sonriendo:

—Héme aquí en mi trono.

Pedro Falcone se inclinó hacia el enfermo

—No duermo—dijo éste con voz débil.

El doctor quiso tomarle el pulso y el enfermo le repelió sonriendo.

—Dentro de un instante—le dijo.

Luego añadió dirigiéndose á su esposa:

—Bárbara, mi querida compañera, decís bien, héos ahí en vuestro trono... Héos ahí en vuestro trono desempeñando una misión de buen ángel para este pobre condenado... Quisiera llamar á todo Nápoles alrededor de esta cama para que presenciase vuestra ternura; Bárbara, mi queri-

da esposa, vos habéis sido el consuelo de mis postreros días.

—Moderaos, señor—le dijo Pedro Falcone;—no os conviene hablar demasiado.

Johann Spurzeim hizo con la cabeza una señal de sumisión.

—Amado esposo—dijo Bárbara,—¿esperabais hoy, si me es permitido dirigiros esta pregunta, á un inglés llamado Brown?

—Hoy no—respondió Johann sin titubear.

—Pues ha venido—dijo Bárbara.

—Está bien—replicó tan sólo el enfermo.

La jibosa continuó aparentando un aire risueño, pero no por eso tenía menos el diablo en el cuerpo.

—He dormido un buen rato—repuso Spurzeim,—y me siento extraordinariamente aliviado... ¿No os parece que tengo la voz mejor?

—Sí, por cierto—replicó Bárbara;—con algunas semanas de reposo el doctor cuenta concluir con la enfermedad.

El doctor no hablaba.

Todavía estaba sufriendo las consecuencias de la terrible impresión que había experimentado.

El doctor pensaba en esa portentosa unión propuesta y aceptada: el doctor miraba á su mujer...

El marido de su mujer se volvió hacia él trabajosamente.

—¿Y vos, Falcone?—le dijo.

—¿Yo?...—repuso éste;—yo no sé...

El enfermo dejó escapar una de esas sonrisas que la descomposición de sus facciones hacía tan lúgubres.

—¡Vos no sabéis!—dijo con lentitud.

Después, dirigiéndose á Bárbara, que no se atrevía á mirar á su cómplice, Spurzeim le dijo:

—¿Apuesto á que no sabéis el secreto de las distracciones, los delirios, las ilusiones del doctor?

—¡Señor!...—interrumpió Falcone azorado.

—No me conviene hablar demasiado, ¿no es esto? Tranquilizaos, estoy mejor de lo que creáis; sólo que mi aspecto no me favorece; yo puedo revelaros el secreto de esas distracciones... ¡Nuestro querido doctor está enamorado!

Al pronunciar estas últimas palabras cerró complacientemente los ojos para no ver el rayo que brillaba en las pupilas de Bárbara.

Esta tosió ligeramente para disimular su turbación. Pero su pecho no quería este juego. El acceso provocado vino en seguida y depuso en su pañuelo una nueva mancha de sangre.

Pedro Falcone estaba inmóvil como un culpable que espera su sentencia.

Demasiado sabía el valor de la venganza de esta mujer.

Si había aceptado su proposición, era porque la creía en su interior tan mortalmente enferma como su marido.

Pero la muerte no estaba para ella bastante cerca para que no tuviese tiempo de descargar algún terrible golpe.

—Tomad una de esas pastillas que os hacen tanto bien, esposa mía—dijo Spurzeim con los ojos cerrados;—cuando toséis de este modo, siento desgarrarseme mi propio pecho... ¡Ah! miradnos, y edificaos, amigo Pedro Falcone; en todo Nápoles no encontraríais un cuadro semejante... Este es el santuario de esa grande, de esa noble, de esa inalterable afección: ¡el amor conyugal!... ¡Ved á Bárbara Spurzeim que se muere porque su esposo se va á morir!

Las mejillas de la jibosa estaban lívidas.

—Pluguiera á Dios—murmuró ella,—que pudiera daros los pocos días que me restan, Johann, esposo mío, á fin de prolongar vuestra preciosa existencia

—¿Lo oís, Falcone? Ved ahí el tesoro que pierdo.

—Decíamos, pues, buena amiga—repuso bruscamente y como para sacudir tristes preocupaciones,—que el doctor tenía motivos para estar distraído... Vedle ahora mismo cuán turbado está porque os lo digo... No conoce que vos sois una mujer capaz de comprender su conducta... Y no creáis que sea un amante común, no...

—¡Por Dios, señor!—quiso interrumpir otra vez el doctor.

—¡Dejadme!—dijo buenamente el enfermo;—Bárbara es una mujer como hay pocas... Aun os apreciará más cuando sepa que habéis amado hasta el crimen...

—¿El objeto de este amor vive?—preguntó la señora Spurzeim, que había logrado fingir tranquilidad.

—Vive y brilla bajo su velo de crespón negro—replicó Johann Spurzeim;—nuestros perfectos amantes esperan el fin del luto para ser esposos felices...

Pedro Falcone sintió correr un sudor frío por sus sienes.

La señora Spurzeim bajó los ojos sin atreverse á mirarle.

Johann cruzó sus manos sobre el cobertor de la cama y tomó un acento compungido.

—Bárbara, mi excelente compañera—prosiguió,—la sensación que os han producido las alusiones á mi fin próximo, me prohíben tratar ciertas cosas en presencia vuestra.

La señora Spurzeim se apresuró á cubrirse la cara con las manos.

—Os suplico que me dejéis solo con mi médico.

—¿No tenéis confianza en mí, Johann?—exclamó la jibosa, que había logrado derramar una

lágrima.—¿Debo perder uno solo de estos instantes tan queridos?

Spurzeim le tendió la mano, que ella besó.

—Bárbara—le dijo,—mi confianza en vos es completa, no tiene límites... Cuando el doctor habrá contestado, según su leal saber y entender, á ciertas preguntas que tengo que dirigirle, quedaré más tranquilo... Entonces me ocuparé de asegurar el porvenir de la única persona que me es verdaderamente querida en este mundo... Vos sois una mujer superior á vuestro sexo; Bárbara, tened valor... Mañana por la mañana no tendréis que satisfacer ni curiosidad ni deseo...

—¡En fin, todo lo sabré!—pensó Bárbara.

—Os deberé esto, Bárbara, esposa mía—acabó Johann Spurzeim.

Levantóse Bárbara é imprimió un beso silencioso en la frente del enfermo.

Un instante después el jefe de policía y Pedro Falcone quedaban solos.

—Le deberé esto—repitió Johann en el momento en que la puerta se cerraba tras ella.

—Mañana por la mañana no tendrá nada que pedirme—añadió con un acento de expresión indefinible.

—¿En qué pensáis, doctor?—interrumpió bruscamente.

—Ya os escucho, señor, y espero vuestras órdenes—respondió Pedro Falcone.

Johann sonrió y dijo:

—¿Cuánto daríais, doctor, para salir del mal paso en que os habéis metido?

—No os entiendo, señor—balbuceó el joven doctor.

Johann Spurzeim le miró de frente.

—Pedro Falcone, vos habéis nacido con buena estrella—dijo con lentitud;—en una misma noche se os va á proponer dos veces una gran fortuna,

El doctor no se atrevía literalmente á pronunciar palabra. Parecíase á un hombre que siente bajo sus pies un terreno lleno de lazos y trampas.

Spurzeim se gozaba en su inquietud.

—Doctor—repuso el jefe de policía,—hablemos un poco del *solo sér que me es verdaderamente querido* en este mundo... Acabo de prometer ocuparme de su porvenir... ¿Habéis adivinado quién es esta criatura privilegiada?

—Vuestra esposa, señor...—murmuró Pedro Falcone.

Spurzeim dejó escapar una risita corta y seca.

—No, doctor, soy yo... ¿Cómo encontráis á mi mujer?

—Señor..

—Entendámonos, amigo, no os pido vuestra opinión sobre las elevadas perfecciones de Bárbara Spurzeim; es toda una señora, esto ya lo sabemos... Lo que os pregunto es ¿cuánto tiempo le dais de vida?

Al recordar que Bárbara le había hecho la misma pregunta, Pedro Falcone quedó cortado.

—Responded—dijo el jefe de policía;—ya sé que es cuestión de tiempo.

Falcone, replicó, empleando sin advertirlo los mismos términos que había usado con la señora Spurzeim:

—Señor, la ciencia no puede rigurosamente precisar...

—¿Ocho días?—interrumpió Johann cuya sonrisa se hacía cada vez más incisiva.

Era la voz de Bárbara perfectamente imitada.

Falcone estaba con la boca abierta.

—¿Quince días?—prosiguió Spurzeim con una inflexión de voz tan absolutamente parecida á la de su mujer, que el doctor se puso á temblar.

—¿Estoy seguro—continuó Johann repitiendo una á una las palabras de la última pregunta de Bárbara,—que vos no pensáis que pueda alargar un mes?

No se podría decir lo que impresionaba más violentamente al doctor, si la extraña gradación de su posición cuasi fantástica, ó el peligro que al presente le amenazaba.

Jamás pesadilla alguna le había puesto en semejante estado.

—¡Vos habéis oído vuestra conversación!—exclamó incapaz ya de contenerse.

—¿Quién de los dos pregunta?—exclamó severamente Spurzeim.

—Señor...—dijo Pedro Falcone.

—Basta, pobre joven—interrumpió Johann cerrando sus ojos fatigados;—hace poco que decíais á mi mujer: «—La ciencia no puede precisar... es imposible afirmar...» Ya lo creo, la ciencia es una necia cuando no es una charlatana... La ciencia me da compasión. Hace más de treinta años que tengo mi opinión formada sobre la ciencia... Pero héos ahí bien aviado, Pedro Falcone, con la obligación de casaros con mi viuda.

El doctor estaba tan desconcertado que ni tan siquiera trató de replicar.

—La pregunta era brusca—continuó el jefe de policía;—por lo demás, mi mujer es admirable. Habría dado cien onzas de oro para ver vuestra cara cuando habéis dicho á esa bruja jorobada: «—Señora, me entrego á vos con entusiasmo».

Y se puso á reír francamente esta vez.

Por lo demás era imposible encontrar un moribundo de más buen humor.

—Amigo—repuso á media voz;—conozco que echaré de menos á mi mujer, porque posee grandes cualidades... pero si esto durase un mes, para

emplear su estilo, sería infinitamente largo... quince días también... ocho días lo mismo... Todavía llevo más prisa que mi mujer.

—Nada anuncia que vuestra impaciencia deba ser satisfecha tan pronto, señor—replicó Falcone algo serenado.

—¿Nada?...—repitió Spurzeim;—¡veo que sois un mal adivino. doctor!... Mi esposa os decía hace poco: «—Tengo mis motivos». ¿Quién no tiene los suyos?... los míos son admirables... y para que no perdáis tiempo buscándolos, voy á decíroslos... Es necesario que yo sea viudo antes de veinticuatro horas y me vuelva á casar antes del fin de la semana.

Al acabar estas palabras sonaron tres taconazos en el piso superior.

El enfermo tiró de un cordón oculto en los pliegues de la cortina, é hizo sonar una campanilla en el lugar donde se habían oído los taconazos.

Pedro Falcone esperaba. Nada podía sorprenderle ya; á lo menos así lo creía.

El techo crujió y se abrió, formando un vacío sobre la misma cabeza del enfermo.

Por este vacío descendió suavemente una tablita sostenida por cuatro cordones de seda.

—¿Qué hay de nuevo, Beccafico?—preguntó Johann.

—¡Oh! ¡oh!—dijo una voz desde el techo,—ahí veo un hombre, Excelencia.

—No te inquietes por este hombre, Beccafico... ¿Qué hay de nuevo?

—Poca cosa, señor... Alrededor de Castello-Vecchio hay más soldados de los que se necesitarían para conquistar los Estados del Padre Santo y la Toscana... En la plaza de San Pedro Mártir se levanta tranquilamente el cadalso...

—¿No ha venido nada del palacio Doria?

—Dos correos... Se busca al príncipe Coriolani... Dícese que ha sido asesinado.

—¡Asesinado!—repitieron á la vez Johann Spurzeim y Pedro Falcone.

Este se afanaba por ver al misterioso Beccafico, pero no lo pudo lograr.

La tablita, sostenida horizontalmente por los cuatro cordones de seda, continuaba descendiendo, hasta llegar al alcance de las manos de Johann.

Este tomó dos cartas que había encima y las abrió con mano trémula.

—Alumbradme, doctor—le dijo.

Pedro Falcone cogió la lámpara y la puso en posición conveniente para que Spurzeim pudiese leer.

—Todavía no se sabe—continuó Beccafico por su agujero,—quién ha cometido el asesinato del puente de la Madalena.

Spurzeim miró á Pedro Falcone.

—Este lo sabe—dijo.

—¡Oh! ¡oh!—refunfuñó Beccafico;—este es nuevo, yo no le conozco.

En aquel momento Spurzeim restregaba la primera carta con despecho.

Beccafico prosiguió:

—¡He visto muchos ingleses, pero aquél es particular! Ni quiere irse ni dejar sus cartas de recomendación... Ha escrito en un gran pliego de papel todo lo que quiere pedirnos, sin contar los secretos de Estado que revelará.

—¿Has pronunciado la palabra *Pundjaub* á su oído?

—Sí, señor... Ha hinchado las mejillas y la punta de la nariz se le ha puesto pálida...

—¿Qué te ha dicho?

—Que quería su mujer

—¡Su mujer!

—Y la dirección de una misteriosa desconocida que vino con él en el *Pausilippe*... También deseaba ver algunos *lazzaroni*, una erupción del Vesubio y un verdadero bandido de la Calabria...

Johann no escuchaba, sino que leía la segunda carta con particular atención.

Al acabarla reflexionó algunos segundos.

Luego quemó ambas cartas.

—Esto purifica la atmósfera en los aposentos de los enfermos—murmuró.

Después añadió en alta voz:

—¡Está bien, Beccafico... vete!

La tabla volvió á subir sin ruido con las cenizas de los papeles.

—¿Conocéis al barón de Altamonte?—preguntó de repente Johann al doctor.

—No, señor.

—Es un hombre muy amable... probablemente e conoceréis esta misma noche.

La tabla había desaparecido y la trampa quedaba cerrada.

De repente ocurrió una idea á Johann Spurzeim y tiró vivamente del cordón.

—¡Presente, señor!—contestó la voz chillona de Beccafico.

Johann murmuraba aparte:

—¡La memoria se me va!... Si Felice Tavola piensa encontrarme aquí, estará bien prevenido... Y, sin embargo, es una tarea que debe desempeñar uno mismo.

—¿En qué día—preguntó levantando los ojos al techo—fué detenido el barón de Altamonte?

—El 19 de Diciembre, señor.

—¿Y se le comunicó?

—Siete días después, el 26 de Diciembre, según orden que llevé yo mismo de vuestra parte á Castello-Vecchio,

—¡Quién te pregunta eso!—dijo el enfermo con impaciencia.

—¿En qué fecha tomamos posesión del palacio en que vivimos?... ¡no te equivoques, Beccafico!

—El 29 de Diciembre, señor.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo más, Excelencia.

—Entonces no hay contestación para las cartas que acabamos de recibir, Beccafico... Todo va bien... Deja que el mensajero se vuelva.

—¡Ayudadme á ponerme sentado, doctor!—dijo á Pedro Falcone, cuyo rostro expresaba una profunda sorpresa.—Ningún médico ha entendido nunca mi enfermedad, y creo que vos sois como los demás... ¡Esta noche vamos á trabajar juntos; ya veréis cómo aun sirvo para algo

IV

El doctor Pedro Falcone

Después que Pedro Falcone hubo ayudado á Johann Spurzeim á sentarse en la cama, éste último exhaló un gran suspiro de fatiga.

—Ya lo veis, doctor, estoy muy débil. Quizá interiormente pensáis: «—No tendrá tiempo... sus días están contados». ¡Ay, amigo!—dijo cerrando los ojos como acostumbraba,—¿existe nadie en el mundo que no tenga sus días contados? Yo conozco mi porvenir; salvo el veneno ó el hierro vivirá cien años: está escrito,

—Señor—replicó Falcone,—en todo lo que aquí veo hay algo de inexplicable ó sobrenatural... Esta agonía, en la que los hombres del arte se engañan, ¿es acaso una ficción?

—Pedro Falcone, hay un hombre que tú aborreces con toda la energía de que eres capaz... un hombre que me habría matado ya cien veces si no me considerase como muerto.

—¡Un hombre que yo aborrezco!—repitió Pedro Falcone con sonrisa incrédula;—soy muy poca cosa, señor, para tener enemigos poderosos.

—Es verdad, no eres nada... pero ¿quién como el porvenir?... No hace mucho que te proponían ser conde y diez veces millonario...

—Es verdad, no eres nada... pero ¿quién como el porvenir?... No hace mucho que te proponían ser conde y diez veces millonario...

—¡Vos tenéis un espíritu á vuestras órdenes, señor!...—(murmuró.

—No tengo espíritu alguno á mis órdenes—repuso Spurzeim,—y puedo jurarte que hace cuatro días que no he dejado la cama.

Por consiguiente no podía haber escuchado en las puertas.

—Si me permitieseis interrogaros, señor...—empezó el médico.

—Esto no te lo permito, Pedro Falcone... Pero tú, que eres siciliano, ¿no has oído hablar nunca del oído de Dionisio el tirano?

—Dispense Vuestra Excelencia—repuso Pedro Falcone;—yo soy natural de la Romanía.

—¿A mí me quieres engañar?...—interrumpió el jefe de policía;—mi pobre compañero, otros más ladinos que tú lo han intentado y les ha aca-
rreado desgracias...

—Os aseguro, señor...

—¡Haya paz! Escucha una historieta que va á

divertirte mucho... Hace tres años, á fines de 1820, me hallaba en Palermo para asuntos propios. En este año había en dicha ciudad grandes fiestas con motivo de estar allí Francisco de Borbón, príncipe real. Entre otras de las muchas familias que habían acudido en torno de S. A. se hallaba el marqués de Mantua, cuya hija, llamada Pía Frezzoloni, se llevaba la palma de la hermosura... ¿Por qué cierras los ojos, Pedro Falcone?

—Porque la luz me incomoda, señor—replicó el médico, que lejos de turbarse, dejaba vagar ahora en sus labios una sonrisa triste.

Johann guiñó el ojo y prosiguió:

—La historia no es larga... El conde Sagesti dió una gran fiesta al príncipe real en su magnífico castillo situado en el fondo del golfo de Castel-á-Mare.

Mientras que Pía Frezzoloni descansaba en el césped le mordió una víbora-áspid. Lleváronla moribunda á Palermo.

En esta ciudad tienen un modo particular de curar las mordeduras de la víbora-áspid. Un condenado á muerte chupa la herida, y el enfermo recobra la salud y muere el condenado.

Si por casualidad no muere, el rey le perdona.

Desgraciadamente entonces no había ningún condenado á muerte en las cárceles de Palermo.

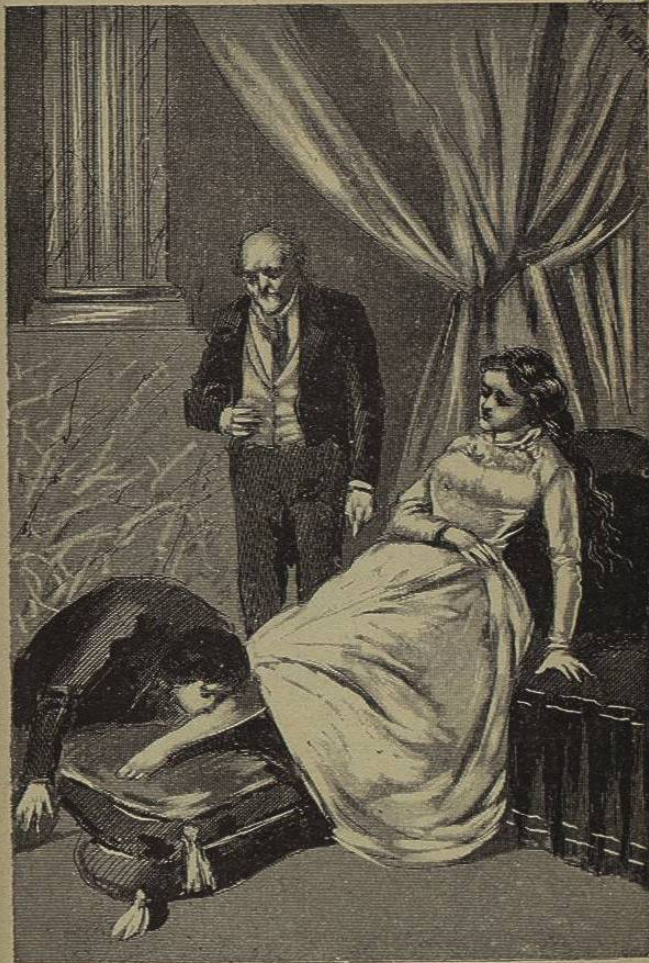
Leyóse á todos los presos de la Torre Nueva una cédula de Francisco de Borbón, heredero de la corona, prometiendo la libertad y quinientos ducados al que se presentara á chupar la herida de la bella.

Todos rehusaron excepto uno.

Este dijo:

«—Los quinientos ducados serán para mí anciana madre».

¿Vive aún tu anciana madre, Pedro Falcone?



Para dar pan á su madre... chupó la herida de Pía Frezzolini

En los párpados del doctor asomó una lágrima.

—No, señor—respondió con voz sorda,—ya no existe.

—¡Ah!—dijo Johann Spurzeim como si hablase consigo mismo;—es verdad... ¡Tú amabas mucho á tu madre! Yo no he conocido á mi madre... ni he tenido nunca hijos... ¿Tu hijo vive?

—No, señor—replicó Falcone dejando caer la cabeza sobre el pecho,—ha muerto.

—El preso de Palermo—repuso Spurzeim,—se llamaba Pietro Bertini, si mal no recuerdo.

—Pietro María Bertuzzi, señor—replicó el doctor.

—¡Parece que sabes la historia mejor que yo, Falcone!

—Señor—replicó éste con acento conmovido,—me place oírla contar.

—Pues bien, compañero mío—prosiguió Johann Spurzeim,—ese preso de Palermo llamado Pietro María Bertuzzi creo que había sido contrabandista para dar pan á su madre... chupó la herida de Pía Frezzoloni, la cual fué curada. El preso no murió.

Pero había bebido la sangre de la bella entre las bellas, y apoderóse de su corazón una de esas pasiones que á vosotros los italianos os devoran y que los demás pueblos no saben sentir.

Tal como me ves, Pedro Falcone, yo no he amado nunca.

El médico sonrió con desdén.

—¡Bien por esa sonrisa, camarada!—dijo Johann;—veo que aun te queda sangre palermitana en las venas!... Con los quinientos ducados que recibió Pietro Bertuzzi estudió medicina. Luego que obtuvo el primer grado se presentó en casa del doctor Gioja que poseía la confianza de la familia de Frezzoloni... Ese Pietro Bertuzzi era

divertirte mucho... Hace tres años, á fines de 1820, me hallaba en Palermo para asuntos propios. En este año había en dicha ciudad grandes fiestas con motivo de estar allí Francisco de Borbón, príncipe real. Entre otras de las muchas familias que habían acudido en torno de S. A. se hallaba el marqués de Mantua, cuya hija, llamada Pía Frezzoloni, se llevaba la palma de la hermosura... ¿Por qué cierras los ojos, Pedro Falcone?

—Porque la luz me incomoda, señor—replicó el médico, que lejos de turbarse, dejaba vagar ahora en sus labios una sonrisa triste.

Johann guiñó el ojo y prosiguió:

—La historia no es larga... El conde Sagesti, dió una gran fiesta al príncipe real en su magnífico castillo situado en el fondo del golfo de Castel-á-Mare.

Mientras que Pía Frezzoloni descansaba en el césped le mordió una víbora-áspid. Lleváronla moribunda á Palermo.

En esta ciudad tienen un modo particular de curar las mordeduras de la víbora-áspid. Un condenado á muerte chupa la herida, y el enfermo recobra la salud y muere el condenado.

Si por casualidad no muere, el rey le perdona.

Desgraciadamente entonces no había ningún condenado á muerte en las cárceles de Palermo.

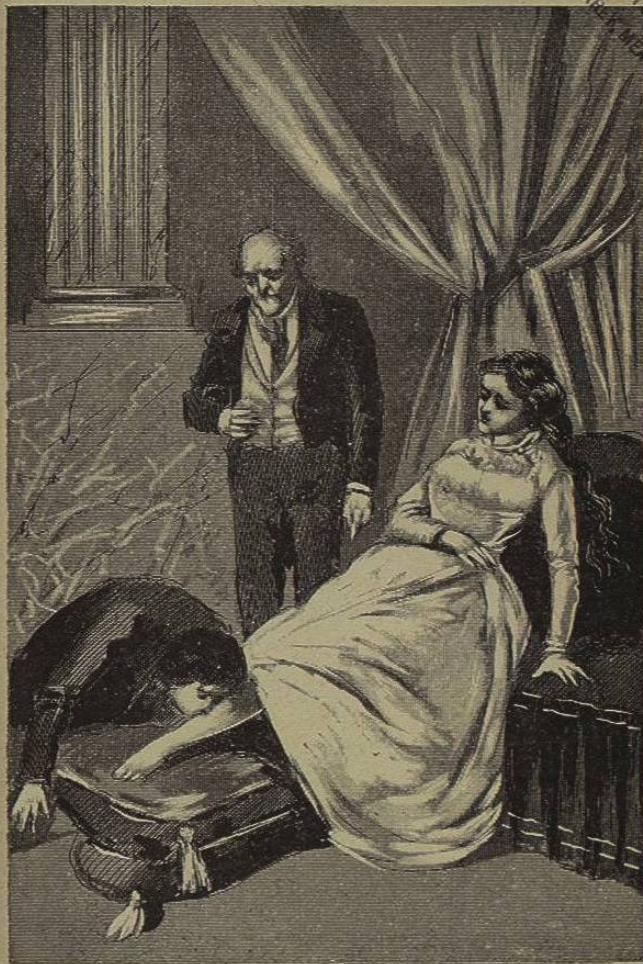
Leyóse á todos los presos de la Torre Nueva una cédula de Francisco de Borbón, heredero de la corona, prometiendo la libertad y quinientos ducados al que se presentara á chupar la herida de la bella entre las bellas.

Todos rehusaron excepto uno.

Este dijo:

«—Los quinientos ducados serán para mí anciana madre».

¿Vive aún tu anciana madre, Pedro Falcone?



Para dar pan á su madre... chupó la herida de Pía Frezzolini

hermoso, muy hermoso... ¡Has envejecido mucho, Pedro Falcone!

—Es verdad, señor; he envejecido mucho.

—El doctor Gioja le tomó en clase de discípulo. Una noche que Gioja estaba enfermo ó tenía pereza, Pietro Bertuzzi reemplazó á su maestro, á quien se había avisado para que acudiese al palacio Frezzoloni... No puedo decir exactamente lo que allí pasó...

—¿Quién puede decir en este mundo lo que pasa en el paraíso, señor?—murmuró Falcone cuyas sienes estaban bañadas de sudor.

—Esto dura un año...

—¡Un siglo de felicidad que pasó como un día!

—Pía Frezzoloni—replicó Johann,—era madre... los dos amantes no tenían confidente y guardaban para ellos solos toda su felicidad... Una noche...

—¡Un año después de la primera, día por día!—interrumpió el doctor cuyo rostro se había completamente transformado:—estaba sombrío, amenazador como la venganza.

—¡Dí tú, pues, lo demás, Falcone!—exclamó Johann;—yo no me acuerdo.

—Una noche—prosiguió el doctor apretando los dientes,—había fiesta en el palacio Frezzoloni... y Pietro María no estaba invitado á las fiestas... Tenía solamente el derecho de ocultarse en el dormitorio de Pía que era bien suyo, porque un sacerdote había bendecido su unión secreta... Aquel día el amante y esposo estaba allí, tras los cortinajes de muselina... El desgraciado contemplaba á través del patio los salones iluminados y llenos de flores... jamás le había parecido tan hermosa su mujer...

El dormitorio formaba el ángulo del palacio. Una de esas ventanas daba sobre los jardines,

Esta ventana estaba abierta.

Pietro Bertuzzi oyó voces debajo de ella.

Algunos jóvenes atolondrados conversaban al pie de los naranjos; y uno de ellos dijo:

«—Apuesto mil lises de Francia, que Pía Frezzoloni, la bella entre las bellas, me pertenecerá antes de terminar la noche».

—¿Le conocías á ese joven atolondrado, Falcone?—interrumpió Johann.

—Le había visto en el corso, señor—respondió el médico dejando de hacer distinción entre él y ese Pietro María Bertuzzi;—era el ídolo de las nobles señoras Palermitanas, el don Juan invencible, el héroe de novela... el caballero de Athol!

Johann hizo con la cabeza una señal de aprobación.

Falcone continuó:

—Los demás se echaron á reír. Se aceptó la apuesta. Pietro Bertuzzi ó Pedro Falcone, como queráis llamarle, señor, sintió que iba á darle un vértigo. Antes que se turbasen sus ojos miró bien á ese caballero de Athol, y le miró con tanta perfección que cien años de vida no bastarían á hacerle perder la memoria de su fisonomía.

—Y ¿qué hizo Pedro Falcone?—preguntó Johann.

El doctor aplicó el pañuelo á sus sienes y le retiró empapado en sudor.

—Señor—contestó,—Pía Frezzoloni era tan superior á mí como lo es la Virgen Santa al cristiano arrodillado ante su altar... Yo no sé por qué se había compadecido de mi amor... Lo cierto es que la idea de perder mi adorado tesoro me sumió en el mayor delirio... No me ocurrió el pensamiento tan sencillo de hundir mi puñal hasta el mango en el corazón del caballero de Athol.

¡No! yo no era más que un pobre insensato; una idea fija me preocupaba: quería elevar una barrera entre ella y él, una barrera imposible de salvar!

Y me decía: «—La salvaguardia más santa de una madre es su hijo. ¿Quién pasaría sobre una cuna?»

Así diciendo, salí, corrí; fuí á buscar á mi hijo á casa de su nodriza, llevémelo bajo la capa y lo deposité sobre la cama de Pía.

El baile había concluído. Fuime á refugiar al jardín donde poco antes conversaban y reían los amigos del caballero Athol.

Ya no había nadie y yo me dejé caer sobre el césped.

Lo que pasó no lo vi, pero al otro día nadie lo ignoraba en la ciudad.

Toda esa juventud loca guardaba rencor á Pía Frezzoloni porque rechazaba sus homenajes. Athol había comprado la camarera y penetró en el aposento cuya guardia había yo abandonado en mi delirio. Como no bajase, los que habían hecho la apuesta subieron.

Pía dormía. Athol jugaba con un hermoso niño que tenía en sus brazos.

¡Este hombre me es odioso! ¡oh! ¡le aborrezco! Pero debo decir la verdad: jugaba con el niño y había respetado á la madre.

¡Yo odio su generosidad! ¡Aunque tuviera que condenarme quisiera poder arrojarle al fondo del infierno!

Los que habían visto al niño eran de diez á veinte. Al otro día el conde Frezzoloni fué á sentarse á la cabecera de la cama de su hija. Primero la besó, luego le presentó una copa, diciendo:— «Está envenenada».

Para salvar mi vida, Pía al morir no pronunció mi nombre.

Colocóse en una tumba con su querido hijo. El anciano conde Frezzoloni, con lágrimas en los ojos y una rodilla en tierra, rogó á Francisco de Borbón que le dejase combatir contra los que habían asesinado á su hija con su honor.

Francisco de Borbón contestó: —«Todos han abandonado la Sicilia excepto tres».

El anciano conde pidió el combate contra esos tres.

¡Ya no existían! ¡El caballero de Athol es una espada terrible; yo le aborrezco!

¡Yo le aborrezco! El caballero de Athol había muerto en un desafío á sus tres cómplices.

Sin embargo, ¿deja de haber sido él el asesino de mi mujer y de mi hijo?

Mi razón estaba trastornada. Tuve como un largo y pesado sueño. Una mañana me desperté al ruido de un féretro que cerraban junto á mí; ¡era el féretro de mi madre!

Al acabar de pronunciar estas palabras hubo un momento de silencio. El doctor permanecía de pie y erguido en la cabecera de la cama; sus mejillas habíanse vuelto lívidas, y sus ojos estaban inyectados de sangre.

—Y cuando despertaste, Pietro María Bertuzzi, te deshiciste en lágrimas sobre esas tres tumbas... Buscaste á tu alrededor al caballero de Athol, y éste ya no se hallaba en Palermo.

El doctor cerró los puños: una franja de espuma guarnecía sus labios.

Al ver esto Spurzeim sonreía.

—Y te lanzaste á su persecución como un sabueso—prosiguió;—recorriste la Italia y la Sicilia en todos sentidos... y un día descubriste que ese caballero de Athol no era otro que el maestro del Silencio; el bandido poderoso como un rey, ¡el terrible y temido Porporato!

—Así fué, señor.

—Y para acercártele... para espiarle... para elegirle la hora de la venganza, te hiciste compañero del silencio.

—Sí, señor.

—Y perseveras en la misma idea.

El rostro de Pedro Falcone se inflamó formando manchas. Apoderóse de su cuerpo un temblor convulsivo. Su contestación fué un rugido.

—Toma asiento, Falcone; tú eres el hombre que me conviene... Todo lo que te ha prometido Bárbara, mi querida esposa, te lo daré yo por ella... serás rico... serás conde... Dime, ¿eres todavía capaz de amar?

—No, señor.

—¿Eres al menos capaz de casarte con una joven bella como los ángeles que te dará fortuna y nobleza?

—Soy ambicioso, señor; es mi última pasión.

—Ya tengo esposa para ti... Tendrá el tercio de la edad de Bárbara, tu desposada de esta noche... ¿Qué más te había prometido mi dulce compañera?

—La sortija del Silencio.

—También la tendrás... No la mía, porque sería necesario que yo muriese para cedértela, y tengo el presentimiento de que os enterraré á todos, sino otra que quedará libre dentro pocas horas... Ya ves que no regateo... En cambio ¿qué me das tú, Pedro Falcone?

—¿Qué queréis, señor?

—Quiero tu fuerza por la que á mí me falta, tu salud por la de que yo carezco, tus piernas ágiles, tu ojo penetrante, tus oídos sutiles, todo tú, á fin de que mi espíritu intacto tenga un cuerpo á su servicio.

—Seré vuestro cuerpo, señor.

—¿Has comprendido bien?

—Perfectamente.

—¡Tú no tienes ya más voluntad!... ¡Yo soy tu alma!

—Está bien.

—Dame tu mano, Pedro Falcone... ¡Mañana serás el médico del rey, si quieres!

En el momento en que sus manos se juntaban, sonaron tres taconazos en el piso superior, Johann tocó la campana y el techo se abrió, dejando pasar, como la primera vez, una tabla sostenida por cuatro cordones de seda.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó Spurzeim.

—Se ha oído un tiro en Castello-Vecchio, Excelencia... y el príncipe Coriolani todavía no ha comparecido en el palacio Doria.

La tabla llegó á distancia de las manos de Johann, y éste tomó una carta y la abrió.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al recorrer las primeras líneas.—¿Está en su cuarto mi mujer?

—Excelencia, su luz está apagada.

—Bueno, Beccafico. Vé á abrir sin ruido la puerta del paso secreto... y si viene algún mensajero condúcele á mi gabinete de trabajo.

En seguida cayó la trampa.

—Amigo—repuso Spurzeim,—Bárbara ha querido descubrir los asuntos que yo le ocultaba, y para ello me ha quitado tres cartas... Tómame el pulso, Falcone.

—Está agitado, señor—dijo el médico después de haberlo tenido un rato entre sus dedos.

—Es que esas tres cartas, Falcone, pueden ser nuestra vida ó nuestra muerte... Ella no ha podido descifrarlas; tanto peor: esto me prueba que eran importantes... No me queda más que una esperanza; quizá las ha dejado en mi gabinete

—Si queréis iré á buscarlas—dijo Pedro Falcone,—y os las traeré.

—Amigo—respondió Johann sonriendo,—prometo que tendré siempre confianza en ti, porque no haré uso de ella... Conviene que yo mismo vaya por esas cartas.

—¡Vos!—exclamó el doctor;—¡imposible

En el magnífico reloj que había sobre la chimenea dieron las once.

Al oirlas Johann se desabrigó, mostrando sin aprensión la miseria de sus carnes.

—Hazme el favor de ayudarme á vestir—le dijo.

Pedro Falcone había visto morir de tisis á muchos de sus enfermos, pero jamás se le había presentado un caso tan horrible como el que ahora veía. Sin embargo obedeció.

Mientras le vestía, Johann no cesaba de toser. Cuando Falcone hubo concluido, aquél le dijo:

—¡Vamos! tómame en tus brazos y llévame á mi gabinete; luego vendrás por la lámpara.

No se vaya á creer que Pedro Falcone fuese un hombre extraordinariamente robusto como nuestro capitán Lucas Tristany ó Gaspardo el pescador. Al contrario, era una figura más bien elegante que robusta. Sin embargo, sin dejar la lámpara que tenía en la mano izquierda, levantó á Johann Spurzeim con la derecha, y le llevó cual acostumbra las niñeras cuando se cansan los chiquillos en el paseo.

El jefe de policía se sintió cuasi humillado con esta acción.

—Descansarás en el camino—le dijo.

Pedro Falcone hubiera dado así la vuelta á la ciudad, pero tuvo la prudencia de responder:

—Señor, pesáis más de lo que creía.

Spurzeim, aprovechándose de su posición, le tiró suavemente de la oreja

—No, por aquí—le dijo viendo que el doctor se dirigía á la puerta principal.

Y le señaló con el dedo otra puerta situada en el lado opuesto. Pedro Falcone la abrió, y ambos se encontraron en un gabinete negro en medio del cual había una escalera de caracol.

Pedro Falcone empezó á bajar las gradas de esta escalera con su doble carga. En el segundo tramo había otra pieza parecida al gabinete negro del piso superior, la cual daba á un largo corredor donde de distancia en distancia había ventanas cerradas con fuertes cerrojos.

Al atravesarla Pedro Falcone creyó oír pasos en el empedrado. A su parecer, este corredor debía dar á la plaza ó calle del Mercado.

Al fin del corredor había una puerta cerrada. Johann sacó una llave de su seno, y la dió al doctor, quien la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió.

Estaban en el gabinete donde acostumbraba á trabajar el jefe de policía